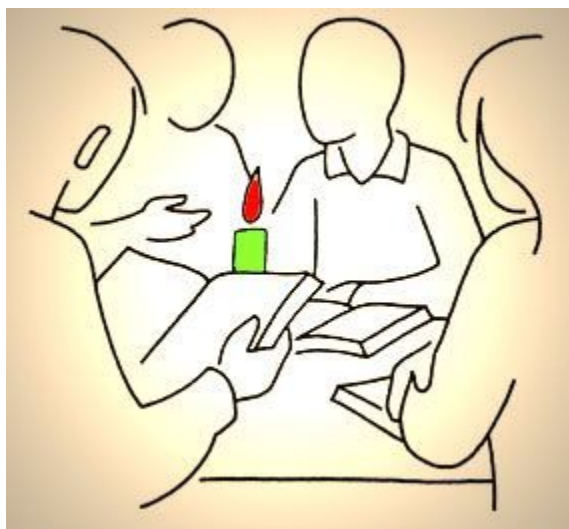


DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD



Lectura orante del Evangelio: Juan 3,16-18

"¡Qué cosa es el amor que nos tenéis!" (Santa Teresa, Camino 27,4).

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único. El Padre nos muestra el amor dándonos a su Hijo, nos llena la vida de su Vida. Ante una entrega como ésta, nos brota el asombro, nos quedamos sin palabras. Siendo omnipotente, nos ama con omnipotencia; siendo sabio, nos ama con sabiduría; siendo infinitamente bueno, nos ama con bondad. En el colmo de la entrega nos dice: "Soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti" (Juan

de la Cruz). ¡Cómo se puede dar tanto! Solo el Espíritu nos puede enseñar a recibir y a no tener en poco un regalo tan inmenso como éste. *¡Bendito seas, Padre, por siempre jamás! ¡Qué cosa es el amor que me tienes! ¿Qué te puedo yo dar?*

Para que no perezca ninguno de los que creen en él. Jesús nos muestra el amor dándonos al Padre. Tan amigo es de dar que no se le pone cosa por delante para hacernos el bien: se hace pequeño, se junta con nosotros, se hace nuestro amigo, se viste de nuestra tierra; y todo, para amarnos con locura y hacernos descubrir que somos hijos/as de tal Padre. Por perdida que esté nuestra vida, Jesús nos dice que el Padre nos abraza con ternura entrañable, que nos consuela en los caminos, que nos da la vida que no tiene fin, que nos ama. ¡Cómo no creer! ¡Cómo no abrir de par en par el corazón a la Trinidad, que busca su morada en nuestra interioridad! *¡Bendito seas por siempre, Jesús, Señor mío! ¡Quién puede hacer las maravillas que Tú haces!*

Sino que tengan vida eterna. El Espíritu Santo nos muestra el amor encendiendo en nuestro corazón una llama de amor viva. Él hace posible que podamos comunicarnos con el Padre y con el Hijo. Así nos enamora de la Trinidad y de la vida siempre nueva que se nos regala. No se le ve, pero se percibe su perfume, se escucha su rumor en el hondón del alma, se goza con nosotros. Cuando descubrimos su presencia amorosa y dejamos que actúe y guíe nuestra vida, comienza en nosotros la danza en los brazos de la gracia con la música universal de su amor. *¡Bendito seas por siempre, Espíritu Santo! Todo lo tuyo sabe a vida verdadera. Tu presencia es alegría.*

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al

mundo. En todos los orantes se despierta el amor y la alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Sin merecerlo, nos vemos inundados por su amor. Estremecidos ante el amor excesivo de la Trinidad, nos brota el canto, la alabanza, la adoración, el callado amor. Nunca hubiéramos podido imaginar esta historia de amor loco tocando nuestra tierra. Con toda la creación, con María y todos los santos, con la humanidad entera vibramos al son de la gracia. *¡Gloria a ti, Padre, gloria a ti, Hijo, gloria a ti, Espíritu Santo! Amén.*

CIPE – junio de 2011



Cipecar

www.cipecar.org